

Christopher Clark

# Un escándalo en Königsberg

Noticias falsas en el siglo XIX



Galaxia Gutenberg

---

CHRISTOPHER CLARK

# Un escándalo en Königsberg

Noticias falsas en el siglo XIX

Traducción de  
Alejandro Pradera

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *A Scandal in Königsberg, 1835-1842*  
Traducción del inglés: Alejandro Pradera Sánchez

Publicado por  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: febrero de 2026

© Christopher Clark, 2025  
Reservados todos los derechos  
© de la traducción: Alejandro Pradera, 2026  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Preimpresión: María García  
Impresión y encuadernación: Sagrafic  
Depósito legal: B 548-2026  
ISBN: 979-13-87605-70-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública  
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización  
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear  
fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

---

*En memoria de Jonathan Steinberg (1934-2021)*

---

## Índice

1. La ciudad del casi . . . . .	13
2. Noticias de Königsberg . . . . .	25
3. El profeta del Pregel. . . . .	37
4. El despertar de Ida. . . . .	53
5. Variedades de interpretación religiosa . . . . .	61
6. El difícil ascenso de Johann Ebel . . . . .	71
7. Los ebelianos. . . . .	77
8. Cruce de acusaciones. . . . .	87
9. La gestación de un sumario . . . . .	93
10. Empieza el juicio . . . . .	99
11. Diestel testifica . . . . .	105
12. Una sensación en la prensa . . . . .	113
13. El doctor Sachs acusa . . . . .	119
14. El final del camino. . . . .	133
15. Consideraciones finales . . . . .	143
Notas . . . . .	171
Agradecimientos . . . . .	191
Lista de ilustraciones y créditos de las imágenes. . . . .	193

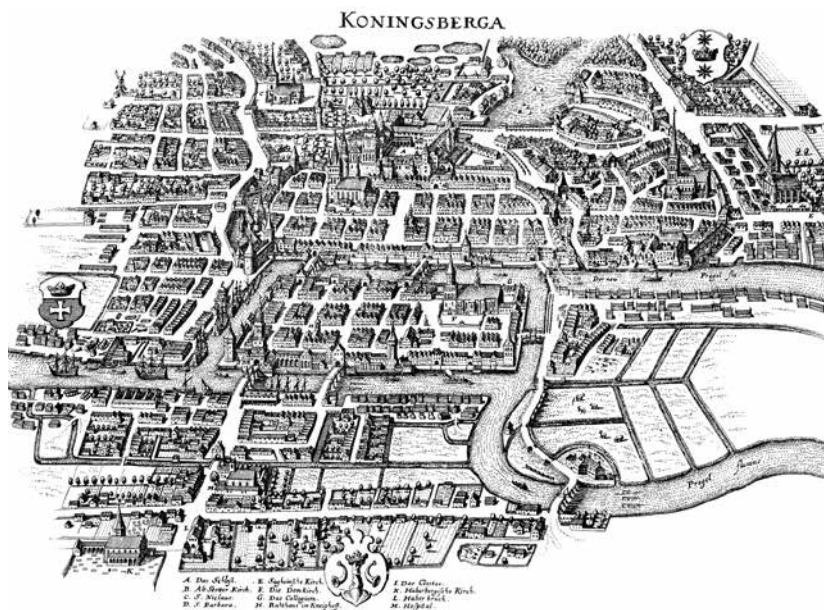
---

Entre 1835 y 1842, el escándalo se ensañó con dos clérigos de la ciudad portuaria de Königsberg, a orillas del Báltico. Aquello destruyó la reputación de ambos, les desposeyó de sus empleos, dio con ellos en la cárcel y los desterró de la vida pública. Su absolución judicial de las acusaciones más graves formuladas contra ellos llegó demasiado tarde para revertir el daño. Llevo pensando en aquel pequeño vórtice de turbulencias desde que me topé por casualidad con los expedientes pertinentes a principios de la década de 1990. La campaña de denuncias y de rumores que tumbó a los predicadores luteranos Johann Ebel y Heinrich Diestel pertenece a una era anterior a la aparición de los paparazzi, de la radio, de la televisión y de los medios sociales digitales, pero eso es precisamente lo que confiere a su historia la fuerza de una fábula. Las similitudes con personas y situaciones de la actualidad, aunque no intencionadas, tampoco pueden descartarse.

## La ciudad del casi

En la década de 1830, la ciudad de Königsberg todavía se bañaba en el resplandor ambarino de la Ilustración tardía, por lo menos en el fuero interno de muchas personas educadas que nunca habían estado allí. Immanuel Kant (1724-1804) había vivido, estudiado, escrito y enseñado allí durante la mayor parte de su vida, y la regularidad de relojería de sus rutinas cotidianas atraía pequeñas multitudes de mirones. Sus restos descansaban en la cripta de los catedráticos de la catedral de la ciudad y en el aula magna de la universidad se alzaba un monumento consistente en un busto esculpido por Johann Gottfried Schadow sobre un pedestal de mármol gris de Silesia. La antigua casa y el jardín del gran hombre habían pasado a manos de unos baños públicos, pero el nuevo propietario de la casa había colocado una placa de mármol encima de la puerta que llevaba grabado: «Immanuel Kant vivió y dio clases aquí desde 1783 hasta el 12 de febrero de 1804».<sup>1</sup> Aquellos tres lugares de interés figuraban entre los principales destinos turísticos de la ciudad.

La intrincada geografía de la ciudad había quedado grabada en la memoria de al menos algunas personas por culpa del «Problema de los Puentes de Königsberg», uno de los rompecabezas matemáticos más famosos del mundo. Siete puentes cruzaban los tres brazos del río Pregel. ¿Era posible, preguntaba en 1735 el matemático suizo Leonhard Euler, recorrer a pie la ciudad cruzando todos los puentes una y solo una vez? Y, en caso de que no lo fuera, ¿se podía demostrar matemáticamente esa imposibilidad? La «geometría de la posición» que ideó Euler para demostrar que



Plano a vista de pájaro de Königsberg, que muestra los siete puentes sobre el río Pregel, con la Isla de Kneiphof en el centro. Grabado de Matthäus Merian, 1652.

no era posible sentó las bases de la topología combinatoria moderna.<sup>2</sup>

Königsberg era la capital de Prusia Oriental, la provincia más al este del Reino de Prusia. Era la sucesora provincial del Ducado de Prusia, un principado del Báltico que había estado bajo el control de la Orden Teutónica hasta su secularización en 1525. Por medio de una compleja serie de maniobras conyugales, los Electores de la Casa Hohenzollern de Brandeburgo en Berlín se aseguraron el derecho de sucesión de aquel recóndito territorio. La Prusia ducal del siglo XVII, que era aproximadamente igual de grande que el propio territorio de Brandeburgo, quedaba fuera del Sacro Imperio Romano, en la costa del Báltico, y se encontraba rodeada por los territorios de la Mancomunidad Polaco-Lituana y sometida a la soberanía de los reyes de Polonia. Era una región de playas y



enseñadas azotadas por el viento, de llanuras productoras de cereales, amplios lagos, marismas y bosques sombríos. Entre Berlín y Königsberg había más de setecientos kilómetros de carreteras y caminos prácticamente intransitables con tiempo lluvioso.

No fue hasta 1657 cuando el rey Juan Casimiro de Polonia cedió la plena soberanía sobre el Ducado de Prusia a la familia Hohenzollern de Brandeburgo, un acontecimiento de enorme importancia para el futuro de la dinastía. En 1701, durante el reinado del elector Federico III de Brandeburgo, la soberanía sobre el Ducado de Prusia iba a servir para obtener el título de rey para la Casa de Hohenzollern. Con el tiempo, incluso el antiguo y venerable nombre de Brandeburgo iba a quedar ensombrecido por el «Reino de Prusia», el nombre que a lo largo del siglo XVIII fue empleándose cada vez más para designar la totalidad de los territorios gobernados por la dinastía. Así pues, la ubicación periférica de Prusia Oriental no se compadecía con su centralidad para la historia del reino. No es de extrañar que los prusianos orientales se consideraran habitantes de un «país» (*Land*) y no de una provincia.

A mediados del siglo XIX, los prusianos de todos los territorios de la Casa de Hohenzollern también recordaban Königsberg como uno de los escenarios de la lucha contra Napoleón y del renacimiento del Reino de Prusia. Tras la aniquilación de las fuerzas armadas prusianas a manos de Napoleón entre 1806 y 1807, la corte había huido a Memel, en la frontera con el Imperio ruso. Königsberg fue ocupada por el ejército francés y sometida a unas requisas y unas aportaciones desorbitadas. Las deudas de guerra resultantes no se saldarían hasta 1900.<sup>3</sup> A partir del otoño de 1807, la ciudad se convirtió en el cuartel general de una llamativa cohorte de estadistas y funcionarios: Stein, Hardenberg, Scharnhorst, Clausewitz, Gneisenau, Wilhelm von Humboldt y Boyen, por no hablar de Theodor von Schön y Carl von Altenstein. Aquellos hombres formaron el embrión de una nueva clase de administración, densamente organizada en torno a unos centros temáticos administrativos y de toma de decisiones, centrada en aprovechar las oportunidades que les brindaba la derrota de Prusia a fin de racionalizar las estructuras de

la toma de decisiones y canalizar las energías latentes del Estado y de la sociedad.

Además, Prusia Oriental fue el lugar desde donde Napoleón lanzó su malhadada campaña contra el Imperio ruso. En junio de 1812 ya había aproximadamente 300.000 soldados –franceses, alemanes, italianos, holandeses, valones y de otros países– concentrados en Prusia Oriental. Enseguida quedó claro que la administración provincial no estaba en condiciones de coordinar el aprovisionamiento de aquella inmensa masa de militares. La cosecha del año anterior había sido escasa y las reservas de grano se agotaron rápidamente. Hans Jakob von Auerswald, presidente de las provincias de Prusia Occidental y Prusia Oriental, informaba en abril que los animales de granja de ambas provincias estaban muriendo de hambre, que las carreteras estaban sembradas de caballos muertos, y que no quedaba simiente de maíz. El aparato de intendencia del gobierno provincial se vino abajo enseguida bajo aquella presión, y los comandantes, a título individual, simplemente dieron órdenes a sus tropas de que llevaran a cabo requisas por su cuenta. Se decía que quienes todavía poseían animales de tiro araban y sembraban por la noche para impedir que los soldados se llevaran en un carro su último caballo o su último buey. Otros escondían sus caballos en el bosque, aunque los franceses enseguida se dieron cuenta de esa práctica y empezaron a peinar los bosques en busca de animales ocultos. Hubo numerosas denuncias de excesos cometidos por las tropas francesas, sobre todo extorsiones, saqueos y apaleamientos. Un informe de un alto funcionario hablaba de una devastación «todavía peor que en la Guerra de los Treinta Años».<sup>4</sup>

Poco a poco, por toda la provincia, el estado de ánimo fue cambiando del resentimiento a un odio soterrado a las fuerzas napoleónicas. Los primeros vagos rumores sobre los reveses franceses en Rusia fueron acogidos con entusiasmo y una sentida *Schadenfreude*. Las primeras noticias dispersas sobre el incendio de Moscú (arrasada por los rusos para privar de cuarteles de invierno a Napoleón) llegaron a Königsberg a principios de octubre.

Había un especial interés por las noticias de la atroz destrucción que le habían infligido a la *Grande Armée* las fuerzas irregulares de cosacos y de guerrilleros campesinos armados. El 14 de diciembre, el 29.º boletín de la *Grande Armée* puso fin a ulteriores dudas sobre el desenlace de la campaña de Rusia. El boletín, publicado en nombre del emperador, culpaba de la catástrofe al mal tiempo y a la incompetencia y a las traiciones de los demás, anunciaba que Napoleón había abandonado a sus soldados en Rusia y viajaba a toda prisa hacia el oeste, a París, y concluía con una expresión sorprendentemente brutal del egocentrismo imperial: «La salud del emperador nunca ha sido mejor».

Cuando los últimos rezagados de la *Grande Armée* francesa entraron en Königsberg el 20 de diciembre de 1812, la ciudad se convirtió en el telón de fondo de un momento histórico de alcance mundial. El ejército de Napoleón, antaño invencible, era un vestigio maltrecho de lo que había sido. Johann Theodor Schmidt, presidente de la Policía de Königsberg, recordaba la visión de las renqueantes tropas francesas huyendo de Rusia hacia el oeste:

Las figuras más nobles se habían encorvado y encogido a causa del hielo y del hambre, estaban cubiertas de magulladuras azules y de llagas blancas a causa de la congelación.

Se veían extremidades enteras congeladas y en vías de putrefacción [...] emitían un hedor pestilente [...] Su vestimenta estaba hecha de harapos, alfombrillas de paja, ropa de ancianas, pieles de borrego o de cualquier cosa de la que pudieran echar mano. Nadie llevaba la cabeza cubierta como es debido; por el contrario, la llevaban envuelta en telas viejas o trozos de camisas; en vez de zapatos y polainas, tenían los pies envueltos en paja, en piel o en harapos.<sup>5</sup>

Ahora, los rescoldos de la ira del campesinado se avivaban en forma de actos de revancha y la población rural se tomaba la justicia por su mano. «Las clases más bajas del pueblo», informaba desde Gumbinnen Theodor von Schön, presidente del distrito, «y especialmente los campesinos, en su fanatismo, se permiten los

más horribles maltratos contra estos pobres desdichados [...] en los pueblos y en las carreteras rurales desfogan toda su ira contra ellos [...] Ha cesado toda obediencia a los funcionarios públicos.»<sup>6</sup>

Durante varias semanas dio la impresión de que los franceses podrían estar pensando en defender la ciudad amurallada de Königsberg contra los rusos que les perseguían, una decisión que habría dejado a la ciudad a merced de los bombardeos y la devastación —era una época en que las poblaciones de las ciudades sitiadas a menudo pagaban un precio terrible por su negativa a someterse. Pero a las diez de la noche del 4 de enero de 1813, cuando los cielos de Königsberg se teñían de rojo por la luz reflejada de las hogueras de los campamentos rusos, el jefe de policía y sus mandos descubrieron que los franceses simplemente habían desaparecido de la ciudad y se habían escabullido hacia el oeste. A medianoche pudieron verse los primeros exploradores cosacos que llegaron silenciosamente, a lomos de caballos sin herrar, para confirmar que los franceses se habían marchado.<sup>7</sup> Ahora Königsberg se convertía en el lugar donde Prusia pasaba de ser un aliado renuente de los franceses a ser miembro de la coalición que iba a expulsar de Alemania a Napoleón y a sus ejércitos, y a restablecer la integridad y la independencia de Prusia. Fue allí donde, el 5 de febrero de 1813, se reunieron los Estados de Prusia Oriental, generalmente considerados en aquellos tiempos como «representantes de la nación», convocados bajo una ocupación transitoria de Rusia, para que asumieran el control de la nueva situación. Los prusianos de la época experimentaron y recordaron aquellos acontecimientos como un nuevo punto de partida en la historia del reino.

No obstante, para quienes visitaran por primera vez la ciudad en la década de 1830, la experiencia de llegar a Königsberg casi siempre era una decepción. Desde 1828, la *Reichsstrasse Nr. 1* conectaba Berlín con Königsberg a través de 565 kilómetros de carreteras pavimentadas construidas por el Estado. El «Coche de Correo

Exprés», introducido en aquella ruta en 1821, podía cubrir esa distancia en tan solo cinco o seis días. (Hacer el trayecto en un solo día no fue posible hasta 1857, cuando terminó la construcción de la conexión ferroviaria.) La visión que daba la bienvenida a los cansados viajeros cuando se apeaban de sus carruajes no era especialmente inspiradora. En las murallas de la ciudad había siete puertas. No eran objetos de gran belleza y la mayoría de ellas, como señalaba un contemporáneo, eran «de una construcción mediocre». Desde 1834 había un proyecto para demoler y reconstruir la Puerta de Sackheim por la que habían pasado las tropas prusianas en 1813 para incorporarse a la lucha contra Francia; con ello, se dotaría a la ciudad de por lo menos una entrada presentable, pero en una fecha tan tardía como 1840 todavía no habían comenzado las obras en las mejoras propuestas.<sup>8</sup> Incluso los amigos de la ciudad admitían que carecía de edificios públicos y privados distinguidos. No había espléndidas residencias al estilo de las de Potsdam y Berlín.<sup>9</sup> Y las casas de Königsberg eran estrechas. «La mayoría de ellas», escribía un natural de la ciudad, «solo tienen tres ventanas de ancho; de hecho, sé de unas pocas que solo tienen la anchura de una ventana»: en tales casas, añadía, «nunca entra suficiente luz».<sup>10</sup>

Las mejores casas podían encontrarse en la Langgasse, pero sus colores y su diseño eran demasiado variopintos como para componer un panorama atractivo en la calle. Antiguamente, las avenidas de la capital de Prusia Oriental habían sido bastante anchas pero, por culpa de una laxa normativa sobre edificación, casi todos los propietarios de inmuebles de los distritos del centro habían ocupado el espacio de delante de sus casas con una escalinata, un edificio de dependencias u otro tipo de construcción, de modo que a principios del siglo XIX solo quedaba libre la parte central de la calle, que únicamente tenía anchura para dos carruajes. La primera acera pavimentada exprofeso se colocó en 1816 en la Fließstraße, pero pasó mucho tiempo hasta que otras calles recibieran el mismo tratamiento.<sup>11</sup> Los peatones se veían obligados a caminar entre una gruesa capa de porquería y de boñigas que removían tantos vehículos, y a menudo corrían peligro de muerte

porque no había ningún sitio donde refugiarse cuando se cruzaban dos carruajes. Los distintos cobertizos y pórticos daban tal impresión general de desorden y caos, informaba uno de sus vecinos, que casi no podía creer que iba caminando por las calles del centro de una importante ciudad europea.<sup>12</sup>

El hito más decepcionante de todos era la orilla del río. Todo el mundo coincidía en que la ciudad estaba bien situada a orillas de un río hermoso y ancho que casi nunca se desbordaba. El río Pregel se aproximaba a la ciudad en dos brazos que al unirse formaban una isla llamada Kneiphof, que era un alargado rectángulo casi perfecto. La orilla derecha se elevaba suavemente y desde varias bonitas lagunas fluían arroyos cuya fuerte corriente movía muchos molinos. El muelle a lo largo del Pregel habría podido ser uno de los más excelentes de Alemania si las casas que lo bordeaban no se hubieran construido con las fachadas traseras («que son todavía más feas que las delanteras») hacia el río. Para empeorar las cosas, las orillas del curso de agua no estaban jalonadas de muelles de piedra ni de terraplenes enlosados sino sujetos con estacas de madera. Las empalizadas de madera, podridas y húmedas, que bordeaban el Pregel contrastaban lastimosamente con los majestuosos muelles del Spree en Berlín o del Sena en París. Los suburbios de Königsberg estaban mejor trazados, porque había menos edificios anexos y obstrucciones, pero también eran irregulares y caóticos, con calles que pasaban por entre los cercados de los jardines y muchos solares aislados sin edificar, incluso en las avenidas principales. «Uno podía toparse con casuchas espantosas entre los mejores edificios.»<sup>13</sup>

Nada de lo anterior significaba que la ciudad careciera de encanto. Solo significaba que las mejores vistas de Königsberg no eran de la ciudad en sí sino las vistas sobre el río o sobre la campiña de los alrededores desde sus casas y puentes. El Pregel era el verdadero corazón comercial de Königsberg. En primavera y verano, las aguas que rodeaban la isla de Kneiphof se llenaban de barcos. Vecinos y visitantes por igual disfrutaban identificando los buques del comercio del Báltico de suecos, ingleses y holandeses. Y además estaban

los *wicine* polacos, unas barcazas de fondo plano y sin mástil de hasta 170 pies de eslora que daban servicio a los ríos del norte. Muchas de aquellas embarcaciones eran visitantes estacionales, pero parte de ellas pasaba el invierno allí, descansando a lo largo de las orillas del Pregel.

En verano, las calles se llenaban de gente que embarcaba o desembarcaba de los buques: nobles, plebeyos y judíos polacos; rusos y suecos vestidos con el atuendo nacional. Se podía oír hablar letón en el Rossgarten, lituano en el barrio de Sackheim, polaco en el Mercado del Buey, ruso en el barrio de Vorstadt, y neerlandés, inglés, sueco y danés en el Licent, en la orilla septentrional del Pregel, inmediatamente al este del Kneiphof. (El Licent era la Licence Packing House donde los viajeros que llegaban en barco depositaban sus maletas y paquetes.) Desde el Puente Verde, en la esquina suroeste del Kneiphof, había una magnífica vista de aguas abajo hacia la Barrera Holandesa a través de un bosque de mástiles —y en invierno podían observarse innumerables paseantes y trineos en



Vista del Puente Verde sobre el Viejo Río Pregel, con la Bolsa y la torre de la Puerta Verde a su derecha. Obsérvense a lo lejos los mástiles de los barcos del puerto de Königsberg. Grabado publicado por W. Barth, c. 1810.

medio del hielo. Al oeste de la Barrera Holandesa, hacia el Báltico, había unas maravillosas vistas a la hora del crepúsculo, cuando las aguas del Pregel se convertían en una alfombra de oro ondulante. Desde las plantas superiores de las casas del barrio de Sackheim se divisaban los barcos que llegaban de Lituania y las llanuras que había detrás. Desde algunos puntos del Rossgarten, mirando hacia el oeste, podían verse las curvas que hace el río hasta su desembocadura en Pillau.

Antiguamente, la presencia de Immanuel Kant en la universidad de la ciudad, llamada Albertina, había atraído a Königsberg a muchos jóvenes con talento que querían adquirir una buena comprensión de las últimas tendencias filosóficas. Pero después de su muerte en 1804, a la edad de 79 años, la universidad decayó al estatus de una somnolienta institución provincial. Entre los años 1802 y 1805 la media de estudiantes matriculados fue de solo 132. Incluso después de una amplia serie de reformas del currículo y la fundación de nuevas clínicas e instalaciones de investigación, el número de estudiantes nunca excedió de 452. El tono político de la vida estudiantil era apagado si nos atenemos a los estándares de las ciudades alemanas de aquella época.<sup>14</sup> Entre el profesorado había algunas figuras moderadamente distinguidas, como el vivaz filósofo hegeliano Karl Rosenkranz, y aquellos docentes eran muy conocidos en la ciudad, pero antes de 1848 no hubo ninguna figura viva de renombre mundial. En un breve esbozo sobre su ciudad adoptiva publicado en 1842, Rosenkranz, que había vivido allí durante nueve años, plasmaba el estatus de Königsberg como una de las luces menores del mundo de habla alemana:

Una persona ocurrente y bromista podría decir de Königsberg que es la ciudad donde todo existe en un estado de casi. Es casi una residencia real; antiguamente aquí vivían duques, electores e incluso reyes, ocasionalmente. Es casi una ciudad industrial, ya que tiene varias grandes fábricas. Es casi una ciudad costera, porque al centro de la ciudad pueden llegar barcos de dos y tres mástiles, aunque el puerto de verdad es Pillau, que está a once kilómetros. Es casi una ciudad rica porque tiene



---

numerosos comerciantes prósperos. Casi tiene una fortaleza, porque a un pequeño fuerte a orillas del Holländer Damm por lo menos lo llaman «fortaleza»... etcétera, etcétera.<sup>15</sup>

Königsberg era un mundo de distancias cortas, que se recorría fácilmente a pie, donde casi todo el mundo se conocía. A Johann Wilhelm Ebel, un predicador de la iglesia de la Ciudad Vieja, lo saludaban sus parroquianos y sus antiguos alumnos del colegio cuando iba por la calle, y todo el mundo conocía al corpulento predicador y capellán de distrito Heinrich Diestel, de la iglesia de Haberberg, que caminaba por la ciudad dando grandes zancadas «como un comandante de húsares».<sup>16</sup>